Esto no sería lógico, la naturaleza siempre procede de lo imperfecto á lo perfecto, de lo mínimo á lo máximo; y no era posible que la raza empezase por la cúspide. Es preciso que siempre tengamos delante un campo que conquistar, para que tenga algún objeto la humanidad y la creación.

¡El mundo marcha! Pelletan hubiera completado su idea si hubiera dicho: el mundo tiene que estar siempre marchando so pena de corromperse por la inacción como el agua por la inercia. Caeríamos en el pecado de la indolencia, que es precursora de la desorganización; ¿qué nos quedaría que hacer si el primer hombre nos hubiera legado locomotoras y telégrafos, la primera mujer un huso ó una máquina de coser? ¿Qué tendrían que hacer los venideros si estuviéramos ahora gozando de las invenciones que nos han de suceder? ¡Desgraciada la humanidad si nada le quedara algún día que hacer, como desgraciado el individuo que porque nació en la opulencia, creyó que no traía al mundo más obligación que gozar los bienes de la vida; desgraciado el que no comprende que todos, ricos y pobres, fuertes y débiles, traemos una misión adaptada á nuestras fuerzas!

«Ganarás el pan con el sudor de tu frente» hé aquí el precepto, que no maldición, hé aquí el decreto sublime y bienhechor que promueve la industria, que fortifica los pueblos y que es base del equilibrio en el organismo social.

Así pues, la filosofía natural se opone al origen de los séres y del hombre por el sólo y momentáneo efecto del *fiat lux:* la lógica parece inclinar la razón del lado de la teoría moderna: no nos ocupemos en discutir si ese origen fué símico, ó fué cínico; pero menos nos hemos de ocupar en los que pretendieron que el hombre se formara del lodo á la manera de las ranas que suponían engendradas por el limo del Nilo, ni menos hagamos aprecio de los visionarios que supusieron los séres vivientes aparecidos

en la superficie de la Tierra por fecundación de efluvios vitales lanzados desde los planetas ó estrellas. Hipótesis anticuadas que ya nadie tiene en cuenta.

La diferencia entre animales silvestres y los mismos domesticados, las alteraciones que diariamente vemos surgir en el círculo zoológico á nuestro alcance, son suficiente prueba de que los séres orgánicos que existen hoy no son sino variantes perfeccionadas de floras y faunas preexitentes que «después de haber producido (Lanmark) por una serie indeterminada de edades, séres semejantes suyos, al cabo habían sufrido variaciones graduales por influencia de alteraciones en el clima y en el mundo animal que les obligaron á adaptarse á las nuevas circunstancias.»

No omitiremos advertir que siendo el origen del hombre tal como lo demuestra la bien fundada hipótesis moderna, no dejará por eso de ser la óptima obra de Dios sobre la Tierra; así como no aparece menos grande, y sí más lógico ese Dios al crear las cosas por lentos procedimientos mecánicos, razonables y comprensibles. Siempre en la facultad innata de transformación y perfeccionamiento de las criaturas, está su omnipotente soplo germinal tan sublime como si todo lo creara por el mágico efecto de su instantánea voluntad.

Y de todo esto se deduce la aserción que ni el animal fué primero que el huevo ni éste precedió á aquél: uno y otro se precedieron y sucedieron alternativamente en el curso de las edades. Trasládese uno mil siglos... no ¿qué son mil siglos? Trasládese uno mil evos atrás, y ¿qué encontrará? un huevo que procede de gallina ó una gallina que procede de huevo. Pues eso lo que quiere decir es que no tomamos el tiempo suficiente: trasládese otros mil evos más allá ¿qué son los siglos y los evos para la Providencia? y encontrará un incipiente génesis, un embrión informe de lo que con los siglos y el perfeccionamiento gradual vendrá á ser animal productor de huevo ó huevo productor de animal: y en uno ó en otro inicio imperfecto pre-

sente siempre el soplo divino que imprime la ineludible marcha hacia el perfeccionamiento gradual, cuyo término nunca se alcanza.

Y asímismo el orgulloso rey de la creación no procede del barro paradisiaco, como quiere Moisés, ni del toro padre de todo, creado por Oromazo, ni del Ti, ó causa general de Confusio, ni de ninguna de las fantasías cosmogónicas con que empiezan los libros de todas las religiones; procede del perfeccionamiento sucesivo, lento, gradual de faunas precedentes, obtenido hasta hoy por el agente incansable del proceso evolutivo.

No nos detendremos más en asunto que creemos de todos conocido. Quizás el lector busque en este momento solución á otro problema de más inmediata importancia. Esos séres que habitan nuestro cuerpo debiendo reproducirse en su oportunidad por ley natural é infalible ¿no devorarán el centro que los nutre, así como una mosca devora un buey? Pero á esto contestamos que la naturaleza si permite el mal, es sólo para ejercicio de nuestra inteligencia, ó más bien, no tolera el mal sino en apariencia y como engendro de nuestros errores. Ella ha provisto al modo de coartar el desarrollo de ciertas especies cuya reproducción perjudicaría á sus otras creaciones. Todos tienen sus enemigos, se sabe también que el embrión producido, por ejemplo por la tenia, puede permanecer tiempo indeterminado sin desarrollarse, y por otra parte esos séres no pueden prosperar en la patria, necesitan el viaje, el tránsito al extranjero, esto es, á otro cuerpo para llegar á *ser algo*.

¿A dónde iríamos á parar si la ley de reproducción fuera necesaria, infalible é inexorable? El sér más insignificante, la malva, si fuera inmortal absorbería el mundo. La imaginación se confunde al pensar que sería y que pasaría si las razas humanas poblaran la Tierra de modo que ésta no bastara á su manutención! pero tal caso no llegará. ¿Qué es el hombre químicamente hablando? ¿No es un

mero compuesto de sustancias como cualquiera otro de la creación? Pues la Naturaleza ha de haber previsto el caso y fijado el punto hasta donde esos elementos pueden combinarse para formar humanos, sin hacer falta á las otras múltiples exigencias de la harmonía universal: la ambición, la lucha de razas, la necesidad vital, antes que hambre y enfermedades, se encargarían de ayudar á natura á restablecer el equilibrio.

Al ocuparnos de entozoarios, anélidos y otros importantes factores del evolucionismo de la materia, no hemos querido demorarnos más que en aquéllos, que en un cadáver alcanzan á afectar nuestra vista; sin embargo hemos dejado entrever las luchas y afanes que allí las lentes nos han revelado, verdaderos dramas invisibles representados por diminutos actores que se atacan, se muerden, se despedazan, y que treparán por las montañas y escabrosidades de nuestra humanidad, como nosotros por las de la lisa y redonda superficie de nuestro globo. El microscopio ya nos ha hecho ver parásitos en nuestra sangre, carne, pecho, dientes, oreja, ojos, un mapa en que cada órgano es una nación y en que ciudadanos invisibles como el fucus ú ova que vegeta en el pulmón de los tísicos, viven y dan sucesiones ya para engendrar morbos, ya para morir sin ser sentidos, pues sólo son perceptibles para nuestros groseros órganos, cuando elementos favorables los ayudan á engrosar, ó cuando se trata de esos mónstruos pulga, piojo, chinche, arador pediculus pubis, etc. Porque todo eso, y nos reíamos de Raspail, todo eso cargamos en esta máqui-

na racional que un bicho promueve y millares destruyen. ¿Qué es el cuerpo del hombre más pulcro sino edificio lleno de vida y de vidas?

Gusanos despreciables son los que nos devoran, y gusanos invisibles somos los humanos respecto á la magnitud de este globo que nos sostiene, y gusanóculo también invisible es la Tierra si se la mira... desde donde no se vea.

¡Y aún hay quién se hinche!

XVII

Nosce te ipsum

Gigante y gusano; tal es el hombre. Gigante por su inteligencia, gusano por sus pasiones.

El gusano esclaviza á sus prójimos; el gigante no tiene más esclavos que el vapor, la electricidad y demás agentes naturales.

El gigante es el hombre creación de la Divinidad y rey de la creación, *vir*; el gusano es el hombre hijo de la tierra, *humus*, de donde homo.

El gusano homo odia y envidia; el vir ama y protege. Aquel es el epicúreo, para quien hay goces y no deberes; éste trata de conocerse á sí mismo.

Nosce te ipsum dijeron los latinos; antes los griegos *Eauton te nosce;* antes aún, *Hermes Trimejisto* dijo á los egipcios, aprende á dominar tus pasiones.

Esto prueba cuan temprano, en la vida de la inteligencia, comprendieron los hombres la necesidad de conocerse á sí mismos.

Tal conocimiento debía elevarlos á la concepción de su destino racional; conocerse era conocer los medios de realizar aquel destino.

Para conocerse era necesario estudiarse. Y se estudiaron.